

Iglesia y reino de Dios

La misión de la Iglesia se nos manifiesta con una nueva iluminación, si consideramos su relación con el reino de Dios. Al comienzo de la obra indicábamos que es un error decir que Cristo quiso el reino de Dios, pero vino la Iglesia. En esta afirmación hay, sin embargo, algo acertado, ya que reino de Dios e Iglesia no son completamente idénticos. La Iglesia tiene encargo de fomentar el reino de Dios. Por otra parte es la manifestación velada del reino de Dios entre Pentecostés y la Parusía. Con estas dos tesis se caracteriza su relación con el reino de Dios. A la vez se muestra que la tarea de la Iglesia respecto al reino de Dios coincide con su tarea de servir al honor y honra de Dios. Reconociendo con Cristo y por Cristo a Dios como Señor, anticipa el reino de Dios dentro de la historia.

I. Cristo y el reino de Dios

Para aclarar las dos relaciones dichas de la Iglesia con el reino de Dios es indispensable exponer brevemente la relación de Cristo

con tal reino. La venida del reino de Dios es el núcleo de la predicación de Jesús. Instaurarlo era el sentido de su misión. Cumplió las promesas viejotestamentarias instituyendo el reino de Dios. El reinado de Dios es una acción regia de Dios, por la que se manifiesta como Señor dentro de la historia e impone su imperio, haciéndose todo en todas las cosas (*I Cor.* 15, 28). En él se concede al hombre la salvación.

En la predicación de la llegada del reino de Dios se resume todo lo que Cristo reveló (*Mt.* 4, 23; 9, 35; 10, 7; 13, 19; *Lc.* 4, 13; 9, 10; 9, 2. 11; 16, 16; *Act.* 1, 3; 8, 12; 20, 25; 28, 31). Cristo mismo es quien trae y realiza el reino de Dios. En Él se instaura el reinado de Dios sobre este mundo. En Él, Cabeza del universo, reina Dios-Padre incondicionalmente. En Él se impuso el imperio de Dios entre los hombres. Esta fué la predicación del Precursor: «Arrepentíos porque el reino de los cielos está cerca» (*Mt.* 3, 2). Cuando Jesús volvió del desierto en que Satanás le había tentado a instaurar un pseudorreino de Dios, empezó su predicación con las palabras siguientes: «Cumplido es el tiempo, y el reino de Dios está cercano; arrepentíos y creed en el Evangelio» (*Mc.* 1, 15; cfr. *Mt.* 4, 17). Tanto a los doce, como a los setenta discípulos les dió el encargo de predicar la proximidad del reino de Dios (*Mt.* 10, 7; *Lc.* 10, 9. 11).

Cuando la luz empezó a brillar en las tinieblas (*Jo.* 1, 5), irrumpió el reino de Dios en el mundo. Es gracia de Dios que esta luz viniera. El reino de Dios no puede ser forzado por los hombres. Tampoco pueden merecerlo, aunque sufran el calor y el peso del día. Dios lo regala y el hombre lo recibe (*Lc.* 12, 32; 22, 29; *I Thess.* 2, 12; *II Thess.* 1, 5; *Col.* 1, 13; *II Tim.* 4, 18; *Sant.* 2, 5). Dios lo regala por libre bondad. El hombre lo recibe como un niño (*Mc.* 10, 15). Presupuesto de que sea hecho partícipe del reino de Dios, es la fe y la conversión o *metanoia* (*Mc.* 1, 15; *Lc.* 13, 1-4). El reino de Dios plantea al hombre grandes exigencias. No es sólo que tenga que abrirse a Dios, para ser admitido en su reino; el reino de Dios que se le regala por pura gracia representa continuamente para él una difícil tarea. Sólo los que tienen hambre de justicia, los que son rectos de corazón, los fundadores de la paz, los pobres y afligidos, es decir, los no perdidos en la gloria de este mundo (*Mt.* 5, 3-10), pueden ser partícipes del reino. La entrada en el reino de Dios significa una decisión radical a favor de Jesucristo, porque Él da testimonio de la verdad, es decir, de la gloria de Dios revelada por él y además da testimonio contra el príncipe de este mundo, que es el

padre de la mentira. Esta decisión es un asunto de sensatez. «¿Quién de vosotros, si quisiere edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene para terminarla? No sea que echados los cimientos y no pudiendo acabarla, todos cuantos lo vean comiencen a burlarse de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar y no pudo acabar. O ¿qué rey, saliendo a campaña para guerrear con otro rey, no considera primero y delibera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Si no, hallándose aún lejos aquél, le envía una embajada haciéndole proposiciones de paz» (*Lc.* 14, 28-32). La decisión no soporta ni dilaciones ni medias tintas (*Mt.* 8, 21 y sig.; *Lc.* 9, 29 y sig.; *Mt.* 6, 24; *Lc.* 16, 13). Quien pone una vez la mano en el arado y mira hacia atrás, no es apto para el reino de Dios (*Lc.* 9, 62). Para alcanzar el reino, el hombre tiene que estar dispuesto a abandonarlo todo (*Mt.* 13, 44-46; 22, 1-5; 6, 19-21; 6, 25-34; *Mc.* 8, 34-38; 10, 23-29).

El reino de Dios es salvación y vida, vida eterna. Pues aquel que se entrega al reino de Dios, o, mejor, aquel sobre quien Dios ejerce su reinado, participa del señorío, de la gloria de Dios (*Mc.* 9, 43-47; 10, 17. 24 y sig., 37; *Mt.* 6, 33; 18, 9; 20, 21; *Apoc.* 20, 10; *I Thess.* 2, 12). Es paz y alegría en el Espíritu Santo (*Rom.* 14, 17). El reinado de Dios libera del imperio del pecado y del demonio (*Apoc.* 12, 10; *I Cor.* 4, 20). Quien no entra por la fe en el reino de Dios, pierde su salvación. Quien rechaza el mensaje del reino de Dios, es rechazado, como lo fué el pueblo de Israel (*Mt.* 21, 28-44; *Rom.* 9-11). Permanece bajo el imperio de Satanás. En las obras de Cristo lo que importa es siempre el reino. El hombre tiene que decidirse entre dos señores. No puede existir sin señor. Eso pertenece a su esencia. No puede existir fuera del reino de Dios o del reino del demonio. No tiene zona alguna neutral.

Aunque el reino de Dios está presente y se hizo realidad en Cristo, aunque la salvación futura se decide en la fe en el reino de Dios instaurado por Cristo, es una realidad futura a la vez que es presente. Su plena figura es, por tanto, más importante que el presente y que el pasado. Llegará un tiempo en que nadie pueda pasar por alto el reino, en que todos tengan que someterse a él, unos para salvación y otros para desgracia. Ahora todavía no ocurre eso; todavía está oculto. Del mismo modo que en Cristo estaba, sin duda, presente la gloria de Dios pero sólo era visible a los ojos de los creyentes, porque estaba velada por la debilidad de la carne, también el reino de Dios está presente desde la vida, muerte y resurrección

de Cristo, pero está todavía ocultado y velado en las formas de este mundo. Dentro de la historia lo que salta a primera vista no es el reino de Dios, que es imperio de la verdad en la caridad y de la caridad en la verdad, sino el reino del pecado y del demonio. Lo que nosotros vemos ahora (en el mundo y en nosotros mismos) no es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo, sino envidia y odio, hambre de poder y sensualidad, injusticia y mentira, desesperación y desesperanza. El reino de Dios es un misterio que se ve y no se ve, que el creyente ve y el incrédulo no puede ver (*Mc.* 4, 11 y sig.). Cierto que está en medio de los hombres, pero llega sin pompa exterior y no es notado, por tanto (*Lc.* 17, 20). Ocurre con él como con Cristo. «Juan les contestó, diciendo: Yo bautizo en agua, pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis» (*Jo.* 1, 26). Las parábolas en que se describe el reino de Dios atestiguan su carácter de ocultamiento. No sirven meramente para hacer visible lo invisible; en mayor medida aún expresan la invisibilidad, lo misterioso del reino de Dios. «Otra parábola les propuso: Es semejante el reino de los cielos al fermento que una mujer toma y lo pone en tres medidas de harina hasta que todo fermenta» (*Mt.* 13, 33). «No se ve que haya ocurrido algo, como la mujer que escondió levadura entre la harina: aparentemente allí sólo hay harina. Y eso ocurre con el reino de Dios. Por regla general no se ve nada de él, y cuando se ve algo, es insignificante y pequeño frente a las cosas de este mundo, tan pequeño, que a los ojos del mundo es casi una ridícula nadería: es como un granito de mostaza, que es la más pequeña de las simientes; también en esta parábola se destaca la pequeñez de la figura en que existe el reino de Dios; la desproporción entre lo que es propiamente el reino de Dios, entre lo que un día será revelado, y lo que ahora se ve» (R. Grosche, *Pilgernde Kirche* (1938), 50 y sig.). El reino de Dios crece como la semilla en el campo, sin que nos demos cuenta (*Mc.* 4, 26 y sig.). Ahora existe en signo, no en su gloria revelada. Signos del reino de Dios son las expulsiones de demonios, las curaciones de enfermos, el perdón de los pecados (cfr. vol. II, §§ 152 y 164; *Lc.* 10, 9. 11; 11, 20; *Mt.* 10, 7). Estos acontecimientos significan que el imperio del príncipe de este mundo ha quebrado. Así se entiende que él mismo y el mundo dominado por él—en Herodes y Pilatos—se defiendan con todas sus fuerzas contra Cristo, en quien el reino de Dios se impone sobre el mundo. El reino de Dios sólo puede ser instaurado en lucha contra los poderes del mal. Por eso padece siempre violencia (*Mt.* 11, 12).

El acontecimiento decisivo es la muerte de Cristo. En ella el Padre erigió victorioso su reinado sobre el mundo pecador definitivamente y para siempre. El carácter salvador del reino de Dios erigido ya definitivamente se manifiesta en la resurrección de Cristo.

Si queremos resumir brevemente el papel de Cristo en la instauración del reino de Dios, podemos decir que es el instrumento y la manifestación del reino de Dios. Su vida, su palabra y su actividad estuvieron al servicio de esa finalidad. A la vez en El se manifestó, apareció el reino de Dios. El es el reino de Dios veladamente realizado dentro de la historia.

II. La Iglesia como órgano y manifestación del reino de Dios

1. Cuando Cristo transmitió su propia misión a la Iglesia le dió el mandato y autoridad, para continuar el reino de Dios instaurado por El. Como El mismo, ella es también instrumento y manifestación del reino de Dios, ambas cosas a la vez. Debe cumplir en el Espíritu Santo, lo que El fundó. Para comprender esta tesis hay que hacer una importante observación previa. El reino de Dios instaurado por Cristo no puede ser interpretado como un acontecimiento concentrado en El y concluído por El; sino que el reino de Dios instaurado por Cristo y aparecido en El tiene una dinámica inagotable. Trata de llegar a todos los hombres y atraerlos a su esfera. Jesucristo, desde el cielo atrae a los hombres hacia el Padre en el Espíritu Santo, de forma que los hombres le reconocen en la fe como Señor suyo. Para ello se sirve de la Iglesia como de un instrumento creado por El. Esta es al menos la norma que El estatuyó, aunque El mismo no se vinculó absolutamente a la jerarquía eclesiástica para obrar en los hombres con su gracia. La situación del reino de Dios, por El instaurada en la Historia es ampliada y profundizada por la Iglesia en cuanto órgano de El. En la predicación de la palabra, en la que Cristo es testificado eficazmente como Señor, en la realización de sus sacramentos y en las acciones de su poder pastoral en sentido estricto se manifiesta el reinado de Cristo sobre el pecado y sobre el demonio. En la palabra y en el sacramento se hace presente su gloria como amor y santidad. En la palabra puede ser oída con fe, en el sacramento puede ser vista creyentemente. Las sagradas palabras y sacramentos en que Cristo por boca y mano de la Iglesia libera al hombre del pecado y los llena de la vida celes-

tial, son signos del reino de Dios ya presente. En ellos se puede reconocer que ya no imperan el mal ni el Malo, sino Dios, el Santo y Justo, que reina sobre los hombres y les hace partícipes de su gloria.

El signo supremo del reino es el sacrificio eucarístico. Del mismo modo que Dios se reveló como Señor celestial en la humillación de Cristo y sobre todo en su muerte de Cruz, actualizada en la eucaristía, también su reino se revela en el mismo signo hasta que se cumplan los tiempos: en la victoriosa locura de la Cruz (*I Cor.* 1, 26-29).

Esta ley del reino no actúa únicamente en la actualización de la muerte de Cristo en el misterio eucarístico, sino también en el dolor de los cristianos, en el que se representa la unión con Cristo oferente. En el dolor de los miembros se manifiesta el poder y la fuerza, la gloria de Dios (*I Pet.* 4, 12-14). Quien da testimonio de Cristo por el dolor y la muerte ante el mundo—para juicio suyo—, revela en su testimonio la presencia del reino de Dios (J. Peterson, *Zeuge der Wahrheit* (1937), también en: *Theologische Traktate* (1951), 165-224). Pero si revela el reino de Dios está, como Cristo, sometido al poder de la historia. Cae deshecho entre las piedras como el protomártir Esteban. El vive su caída como victoria. Ve el cielo abierto y a Cristo a la derecha del Padre (*Act.* 7, 56; cfr. el martirio de Santa Perpetua). Pero sus enemigos no ven más que su propio triunfo y la muerte del testigo del reino de Dios. Dios mismo sella su ceguera, permitiendo la caída del testigo de la fe y poniendo fin a su misión. En el *Libro de la Sabiduría* se dice: «A los ojos de los locos parecían muertos... Pero ellos viven en paz» (*Sab.* 3, 2 y sig.; véase también el oficio por varios mártires). Pero no siempre será así. La historia humana se mueve hacia una situación en que Dios reinará sobre todo el mundo con gloria manifiesta. Tal situación no es culminación de una cristianización lentamente progresiva del mundo, sino que vendrá de repente, por sorpresa; no se puede calcular de antemano su aparición (*I Cor.* 15, 51). Coincide con la vuelta de Cristo. Cristo aparecerá en el cielo como un relámpago en la noche (*Mt.* 24, 27). Entonces será transformado el mundo. Se borrarán las formas hasta entonces existentes y empezará a existir de un modo nuevo. Modelo de esa nueva forma de existencia es Cristo glorificado (cfr. vol. VII).

2. Aunque la Iglesia es también la manifestación velada del reino de Dios, no coincide con tal reino. La plena identidad de Iglesia y reino de Dios es defendida por la Iglesia ortodoxa. Entre los reformadores aparece tal equiparación en algunas formas del protestantismo liberal. Por lo demás en ellas por reino de Dios se entiende la cultura terrena. Generalmente en el protestantismo Iglesia y reino de Dios son estrictamente separados, habiendo distintos matices en tal tesis. El reino de Dios es entendido por regla general como una magnitud puramente escatológica. Dentro de la historia se realiza únicamente de modo totalmente oculto e invisible, y se realiza allí donde hay fe en Cristo. La Iglesia sólo actúa en ese sentido mediante la predicación. En último término la diferencia de las tesis católica y evangélica sobre la relación entre Iglesia y reino de Dios se deriva de la diferencia en la doctrina del carácter visible de la Iglesia. Si la Iglesia no es una comunidad visible, el reino de Dios no puede manifestarse en ella.

Sin embargo, es erróneo el reproche que la teología evangélica suele hacer a la Iglesia católica, de que se identifica a sí misma con el reino de Dios ilegítimamente. Aunque la Iglesia tiene conciencia de ser el reino de Dios ya aparecido sobre la tierra, no olvida que vive en una situación intermedia, a saber, entre la Ascensión y vuelta de Cristo, ni de que su existencia tiene el carácter de ese estado intermedio. Aunque Cristo instauró definitivamente el reino de Dios y confió a la Iglesia su ampliación, la figura definitiva de ese reino sólo se producirá más allá de la Historia. Por tanto, la Iglesia no se identifica totalmente con el reino de Dios; pues existe en las formas provisionales de este mundo, en la palabra, en los signos sacramentales, en las caducas formas de la comunidad humana. Todas las formas existenciales de este mundo están en oposición a la figura perfecta del reino de Dios. Tal figura es determinada por el cuerpo glorificado de Cristo. Pero los miembros de la Iglesia están bajo la ley del dolor, de la muerte, del pecado. Es cierto que en su debilidad, en su morir, en las tentaciones que vencen, en su arrepentimiento, en su constancia, se manifiesta la gloria de Dios y la virtud de Cristo y de su Espíritu. Pero mientras nos gloriamos en la Cruz (*Gal. 6, 14*), nos lanzamos hacia el futuro en esperanza (*Col. 1, 27; Phil. 3, 20 y sig.; Rom. 5, 2; I Pet. 4, 12-14*). Hasta entonces estamos lejos del Señor (*II Cor. 5, 4-6*), en tierra extraña, peregrinando, no en la patria (*Phil. 3, 20*). Por eso puede decirse de la Iglesia: «Sigue siendo un pueblo peregrino en país extranjero... Al final de su peregrini-

nación volverá Cristo y concluirá su obra salvadora y su juicio» (v. Sartory, *o. c.*, 129).

Sin embargo, la peregrinación no es un estado duradero. Quien está de camino, quiere llegar a la meta. La meta será alcanzada cuando pase el tiempo de los signos, cuando no se necesiten ya signos, porque la realidad aludida y traída a la memoria por ellos aparecerá ella misma en su figura plena y perfecta. Entón es no habrá ya ni predicación, ni sacramentos, ni disciplina, ni jerarquía, ni papado ni episcopado, ni magisterio infalible ni oficio pastoral. ¿Qué sentido tendrían todas esas cosas, si la vida de Cristo no necesita ya ser configurada en nadie, sino que la gloria de Cristo lo llena todo? La Iglesia existe, por tanto, como dice San Agustín, en dos formas, en la forma actual de la debilidad y humillación, en la que mueren todos los santos como Cristo murió, en la que todos los miembros de la Iglesia, y no sólo los pecadores públicos, tienen que rezar: *perdónanos nuestras deudas* (*Sermo* 181, 7), y en la forma futura de la gloria, en la que los santos resucitarán y, sin volver a morir, vivirán con el Señor que ya ha resucitado. *Vive in spe et in re* (*Retractiones* I, 7; *Explic. del Sal.* 54, 3; Hans Urs von Balthasar, *Aurelius Augustinus über die Psalmen*, 96; de modo semejante piensa San Buenaventura cuando en el *Liber vitae* usa los conceptos *in via - in patria*; V. K. Forster, *Liber vitae bei Bonaventura. Ein begriffsgeschichtlicher Aufriss*, en: «Theologie in Geschichte und Gegenwart». *Festschrift Michael Schmaus*, edit. por Johann Auer y Hermann Volk (1957), 397-414).

Entre ambas formas de existencia está el poder transformador de la muerte y de la resurrección. Del mismo modo que Cristo tuvo que pasar por la muerte para alcanzar su gloria, cada cristiano tiene que pasar también por la muerte para alcanzar la participación en la gloria del Resucitado. También la Iglesia en cuanto totalidad está sometida a esa ley. Su dolor y tentaciones, los pecados e insuficiencia que hay en ella son una continua indicación y un perduradero presagio de la muerte que le espera al fin del mundo, cuando Cristo vuelva, que tendrá que sufrir como una radical transformación para poder entrar en la gloria de su Señor. Quien quisiera tener a la Iglesia en su forma actual de existencia por una realidad definitiva y hacerla coincidir con el reino de Dios en su figura perfecta y plena, daría a sus debilidades, padecimientos, tentaciones y pecados una inofensividad de la que nada sabe la Escritura; les quitaría la gravedad que la Sagrada Escritura les atribuye incontadas veces; olvidaría

que la definitiva gloria de Dios sólo se manifestará en su pleno esplendor, cuando vuelva Cristo y con ello desvalorizaría la resurrección de los muertos. Tendría que soportar las palabras que San Pablo escribe a Timoteo: «Mira bien cómo presentarte ante Dios, probado como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que distribuye sabiamente la palabra de la verdad. Evita las profanas y vanas parlerías, que fácilmente llevan a la impiedad y su palabra cunde como gangrena. De ello son ejemplo Himenio y Fileto, que, extraviándose de la verdad dicen que la resurrección se ha realizado ya, pervirtiendo con esto la fe de algunos» (*II Tim. 2, 15-18*; cfr. *II Thess. 2, 1* y siguiente).

Cfr. sobre el tema ante todo R. Grosche, *Reich Gottes und Kirche*, en: «Pilgernde Kirche» (1938), 41-76; J. Schmid, *Exkurs «Reich Gottes»*, en: «Das Evangelium nach Markus» (1954, 3.^a edición), 31-39; M. J. Lagrange, *Évangile selon Saint Marc*, 1929, 5.^a ed.; artículo de K. L. Schmidt, en: «Kittels ThWNT», I, 579-592.